

## SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo van a dejar de sustituir la reforma fiscal con subidas de precios y congelaciones de salarios?



—¿Cuándo va a empezar de una vez el Año Nuevo?



—¿Cuándo vamos a poder elegir al Alcalde de Madrid? ¡A otro, por supuesto!



—¿Cuántos son los 364.000 trabajadores en paro?



—¿Cuándo va a proporcionarse a la oposición otros pasaportes para que, además de salir al extranjero, puedan salir a provincias a presentar sus programas con entera libertad?



—¿Cuándo dejarán de ser los trabajadores quienes paguen los relanzamientos económicos y los planes de estabilización de la clase privilegiada?



—¿Para cuándo la amnistía?



# ESPAÑA



## 1940

### POR EL IMPERIO HACIA EL HAMBRE

Entonces sí que pudimos entrar en Europa, fue nuestra oportunidad más cantada. A Europa se le había retirado la leche de la democracia y don Adolfo Hitler alimentaba a los pueblos del viejo continente con jarabe de palo, como Pedrín el de Roberto Alcázar. Entre Hendaya y Gibraltar, hubiéramos perdido la virginidad y la neutralidad descafeinada, y todos hubiéramos marchado unos años al paso de la oca en vez de estar dale que te pego con el parchís y sin salir de la dictadura, y al cabo del tiempo hubiera llegado Gregory Peck de capitán de las fuerzas aliadas y nos hubiera dado a todos leche en polvo del Plan Marshall.

Pero no estábamos en el año cuarenta para aquellos trotes. Teníamos que reconstruir la tira de cosas: la doctrina nacionalsindicalista, el país, la economía, los

vagones de la Renfe y la biblia en pasta. Teníamos a los alemanes en los Pirineos y nos sentíamos «reserva espiritual de un mundo enloquecido»; algo había que sentirse, mientras la democracia se nos escapaba en las lanchas de Dunkerque, en el vagón del bosque de Compiègne, en los colaboracionistas de Vichy y en las burbujas del Vichy Catalán.

Queríamos ir por el Imperio hacia muchos sitios, pero nos llevó más al hambre, toma, por no beligerantes. Hasta Madre Natura se había hecho nazi, y el frío y la sequía fueron un aguila prusiana que nos cercó. El año del hambre, y Serrano Suñer coqueteando con los alemanes y la «Operación Félix» en un si entro, si no entro, y al pueblo que haga colas o que vaya a los comedores de Auxilio Social.

Y el ministro Carceller, dale

que te pego con el Imperio: «No existe opción en lo político: o se está con Falange o no se existe». Muchísimos españoles no existían. La mayoría silenciosa se inventó entonces, cuando Arellano era alcalde de Bilbao y el liberalismo era pecado y el Tribunal de Represión del Comunismo y la Masonería estaba que no paraba, y el Tribunal de Responsabilidades Políticas, tres cuartos de lo propio. En 1940, la población penal era una de las mayores ciudades del país, que veía cómo se salvaba la patria en concentraciones y misas de pontifical, entre un «clamor de vítores ensordecedores». Y tan ensordecedores, como que ensordecían a la media España que se helaba, a la que empezaba a malvivir en el exilio.

Aquí todo se nos iba en jerarquías y mandos, en vibrantes alocuciones y en consignas totalitarias. Eramos totalitarios hasta las cachas de Celia Gámez, qué delicada con «su público predilecto, las señoras», señoras de estrepelistas, señoras de delegados provinciales y locales, para las que España no era más que «El baile del Savoy» o «La cenicienta del Palacio». Y mientras, el Athlétic Aviación, de uniforme y brazo en alto, ganando la Liga, y todos con una Unidad Sindical y una cosa, y los niños de los rojos integrados en el Frente de Juventudes, con los fusiles de palo y las flechas de cartón.

Andábamos mal de salud. Toda España era un placebo. Nos quitábamos la sarna con Barachol, o con Antisármico Martí, o con Sulfureto Caballero. Mucho Urodonal, mucho Normacol, mucho Fósforo Ferrero, muchas Píldoras Carcasianas del Dr. Brun. Y depurativos. Todo había que depurarlo: los ateneos y las cátedras, los sindicatos y los escalafones. Píldoras y depuración, mientras el país olvidaba y se milagrea emborrachándose con CZ o cantando «Allá en el Rancho Grande». Sí, todos andábamos con los calzones rotos, que el 14 de abril los habíamos empezado de lana y nos los habían terminado de cuero. Y alegre me decía la ranche-





# DE PARTE A PARTE

rita que había que reconstruir sindicalmente el Estado y dejarnos de gaitas democráticas, y que aliñarse el pelo con Silriza para el peinado «Arriba España». Aquí menos el cardenal Segura —que excomulgaba al que pusiera una Cruz de los Caídos en una iglesia— todo el mundo existía. O sea, que estaba con Falange, ¿dónde iba a estar, si le quitaban, si no, la cartilla de racionamiento con el sello azul de José Antonio ausente, ausentísimo en la reforma agraria y en la nacionalización de la banca?

Año de grandes negocios, de grandes aventuras internacionales. Los alemanes estarán en Hendaya, pero, toma, Hitler, nadie te había hecho esperar, no, si los españoles cuando nos ponemos le damos por ahí al III Reich y al IV si se atreve. Toma, Hitler, que aquí estamos los españoles; tú nos meterías a todos en la cámara de gas, por gitanos, por bajitos de cuerpo y por jodedores, pero ahí tienes, no te mediste veces el andén de la estación de Hendaya... Así que nosotros, a África, que es lo nuestro, a por Tánger, a ver si de paso cogemos a cuatro o cinco ex-gobernadores republicanos que se han refugiado allí y que hay que depurar a pesar del Estatuto Internacional.



Y tú, Gobierno de Vichy, venga, venme echando para acá a todo el rojo que te encuentres. El rojo no existe, que lo hemos cambiado con los Tintes Iberia. Caperucita Roja es «Caperucita Encarnada»; pero lo nuestro es Mariquita Pérez, que esa sí que no pasa hambre, porque sus padres votaron a las derechas en febrero del 36 y ahora él se está forrando con los

hierros y el cemento y ella va por las tardes a una guardería a hacer caridad.

Leíamos a Pemán, y a José Carlos de Luna, y escuchábamos la música de Argenta, y veíamos el teatro de Torrado y el cine de Florián Rey. La generación del 98, la del 27, habían dejado de existir, como estaban dejando de existir

tantos patriotas. ¿Patriotas dice usted? Pero, hombre, ¿cómo dice usted *patriotas*, si lucharon en el otro lado? No, usted no aprende, venga esta noche por Jefatura, que le vamos a decir con ricino lo que es bueno...

Y España, incomprensiblemente, cantaba, y comía, y fornificaba, y se rascaba la sarna, rasca, rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú? Y por el «Dígame» de K-Hito y por el «Mundo» de Vicente Gállego sabíamos que si la fiesta nacional iba bien, la situación internacional no podía ir mejor: íbamos a ganar con los alemanes, toda Europa iba a ser nacionalsindicalista, como nosotros y como un cuñado nuestro que trabajaba en la CNS y conseguía vales de gasolina.

Entonces sí que podíamos haber entrado en Europa. Al viejo continente se le había retirado la leche democrática de amamantar tanta división Panzer. Y nosotros, por imperialistas y por neutrales, ni que fuéramos suizos, nos quedamos después sin la leche en polvo de libertad que trajo el Plan Marshall. Habíamos puesto nuestro Imperio en una carpeta de la Wilhemstrasse. ■ DON BENITO, el garbancero.

